

FOLCLORE ANDINO

Por: Carlos Villamarín Escudero

Introducción

Folcloreandino.com es una página web que se propone conducir al lector por los laberintos prehistóricos de los países andinos. A través de una ventana abierta en la muralla del arcano, intenta iluminar el remoto panorama de su pasado. La aspiración de este sitio, guiado por una cuidadosa selección de leyendas y mitos regionales, es alcanzar el punto donde todo tuvo su origen. Donde todo comenzó y se desarrolló, aunque en el largo trayecto de los siglos casi todo se haya perdido. No obstante, persiste la certeza de que al menos una parte de aquel tesoro puede ser rescatada, si se examina con esmero lo que aún permanece bajo el ominoso peso del tiempo.

La epopeya silenciada

La arqueología, cada vez con mayor ahínco y solvencia científica, logra sacar a la luz testimonios impresionantes del desarrollo técnico y científico alcanzado por los antiguos pueblos andinos. Sin embargo, debido a su condición ágrafa, poco sabemos realmente de su cosmovisión. Existen, sí, innumerables ponencias al respecto, narradas con brillantez y abundancia de detalles y frases elocuentes. Pero ninguna se sustenta sobre una base sólida. Es más, muchas de esas teorías parecen haber sido tomadas del aire.

Hasta ahora no existe fórmula alguna —ni máquina del tiempo ni pitonisa infalible— que permita comprender cómo las personas de épocas remotas interpretaban el mundo que las rodeaba, más allá de sus manufacturas, por refinadas que fueran. Los vestigios arquitectónicos, la orfebrería, los logros en artesanía y agricultura de una civilización extinta no revelan más de lo que muestran físicamente. Es decir, estas reliquias no trascienden el valor intrínseco de simples residuos de lo que alguna vez fue parte de algo elaborado con ingenio y habilidad para un fin específico. Por ello, carecen de la virtud de esclarecer cómo sus artífices concebían el universo según su juicio de valores. Interpretar de forma distinta aquello que estos objetos expresan con absoluta claridad equivale, más bien, a una suerte de adivinanza.

Así, el esfuerzo por desentrañar la cosmovisión del antiguo habitante del altiplano, partiendo de conceptos preconcebidos y elementos ajenos al

objetivo que se persigue, no representa más que una pérdida inútil de tiempo. Pues, con métodos erróneos, ni la ciencia ni la persistencia lograrán rescatar de las profundidades del tiempo aquello que, sorprendentemente, se revelaría con claridad meridiana si se dejara de lado el desprecio por el acervo vernáculo. Sin embargo, los eminentes sabios, para llenar el vacío propiciado por sus anteojeas —pues algo habrán de colocar allí— no vacilan en recurrir a recursos que, además de ofensivos, mancillan la imagen de las civilizaciones extintas cuyo rastro han examinado con su ojo clínico.

Llama poderosamente la atención que muchos de estos brillantes profesionales, sin el respaldo del más mínimo indicio, se empeñen en atribuir al nativo americano la responsabilidad de atroces crímenes contra las leyes naturales y sociales. Y como si hubieran sido testigos presenciales, aseguran que el asesinato, el canibalismo y el bestialismo eran prácticas comunes e institucionalizadas entre ellos.

Aunque las estelas, frisos y fachadas de las antiguas edificaciones —que aún se conservan intactas gracias a la perdurable piedra— no insinúan el menor indicio de violencia en la idiosincrasia de aquellas culturas, la lectura oficial de estos vestigios es diametralmente opuesta a la que resulta evidente para cualquier observador sin prejuicios. La explicación académica parece responder a un propósito cuidadosamente elaborado, pues abarca elucubraciones poco plausibles para las sociedades sometidas al riguroso escrutinio científico. Para empezar, se propaga la idea de que tanto el sistema legal como el religioso de estos pueblos se hallaban inmersos en un marco de terror inconcebible. Que ver fluir la sangre a borbotones era un suceso tan cotidiano que apenas causaba asombro, como si fuera tan natural como la lluvia. Y se afirma, además, que en tales regímenes ni siquiera el más pío de los santos estaba a salvo, ya que el deporte ancestral consistía en cercenar cabezas por nimiedades.

Claro está que esta fantasía no representa sino una más de las grotescas pinceladas aplicadas sobre un panorama macabro, tan impactante como alucinante, concebido para inspirar terror en quienes lo contemplan con los ojos de la imaginación. Parecería que ciertos especialistas en completar la historia —considerados pilares de la ciencia—, además de sabios, son también expertos en el arte de elaborar representaciones de pesadilla. Y aún más: cuando su veredicto sacrosanto ha sido emitido, toda apelación o recurso de revisión queda fuera de lugar. De inmediato, gracias a la vertiginosa propagación noticiosa de tales aportes a la trayectoria de la humanidad, sus protagonistas no disponen ya de tiempo sino para recibir

homenajes, aplausos y reconocimientos, incluso de la comunidad científica internacional. ¿Un galardón a los sepultureros de la memoria histórica?

Cuesta trabajo entender a los autores de este descalabro de lesa dignidad humana, que, en su conspicua posición de profetas del pasado, han demostrado no ser nada parcos al delinear el recorrido de la historia a gusto y sabor propios. Nos han demostrado poseer una fabulosa prolijidad para elaborar espeluznantes escenarios protagonizados por los antiguos pueblos andinos, pero también una perturbadora fragilidad de memoria al momento de recordar sus epopeyas. Además, tras escamotear el legado de un brillante patrimonio sociocultural del hombre andino, han conseguido crear y consolidar para éste una herencia ignominiosa, desprovista de valores intelectuales, éticos y espirituales. Cualidades que, por cierto, se cimientan y desarrollan a través de la educación, la cultura, la convivencia y la cohesión social, que afortunadamente él sí poseía, tanto o más que sus propios detractores.

En fin, una serie de falacias lanzadas a los cuatro vientos y repetidas hasta el hartazgo se ha instituido en un contexto difícil de rebatir. Y puesto que semejante sofisma ha sido hábilmente urdido y disfrazado con el más abominable de los semblantes, lamentablemente posee la capacidad suficiente para infundir pavor en cuantos lo escuchan. De ahí que, probablemente, no haya persona civilizada que no proteste contra aquellos supuestos bárbaros depredadores de su propia stirpe.

En consecuencia, el ciudadano de ascendencia blanca, nutrido de escasa cultura o privado de ella, pero confiado en la buena fe de la fuente de tan deplorables datos históricos, no puede menos que sentirse escandalizado. Sin embargo, quien sabe, conoce o intuye que por sus venas corre cierta cantidad de sangre indígena, además de escandalizado, se siente humillado. No obstante, el mestizo, al igual que el blanco, rara vez disimula el rechazo que le inspira el aborigen.

Aunque las supuestas referencias de esta narrativa no sean más que piezas acomodadas y solo creíbles para los incautos —que, dicho sea de paso, son muchos más que los cautos—, tanto blancos como mestizos difícilmente experimentan el menor impulso de piedad por el desorden social y espiritual atribuido al indígena. Tampoco se detienen a meditar sobre los artífices de las grandes culturas pretéritas de América, que, para alcanzar su elevado desarrollo, necesariamente debieron ser personas instruidas, usufructuarias de un sistema de conocimientos sobre el mundo natural y social, adquiridos como fruto evidente de la reflexión, la exploración y el razonamiento lógico. Estos caballeros, por el contrario, dando por sentado su origen europeo y orgullosos de poseer apelativos ajenos a los nativos, se

deleitan en digerir cuanto escuchan en desmedro del indígena, sin detenerse a someterlo a un análisis crítico.

Y muchos de los que creen a pies juntillas en la narrativa acuñada sobre la miseria espiritual del aborigen americano se lamentan sinceramente de la tragedia que lo abatió. Desde luego, no movidos por un sentimiento de solidaridad humana —ni mucho menos—, sino más bien por la conmoción provocada por las escenas de terror descritas en aquel relato. Con el ánimo compungido, se sienten presa de un tumulto de cavilaciones que revolotean en la mente como una bandada de murciélagos en la penumbra, creando imágenes de pesadilla. Entonces, se ven instigados a presenciar este desfile de escenas macabras con igual estupefacción que la de los romanos paganos en el Coliseo, cuando los cristianos eran entregados a los leones.

Lo que van a observar, con el corazón en la mano, los compungidos espectadores no será, desde luego, un espectáculo divertido. Mirar —con los ojos de la imaginación— las páginas dantescas ilustradas por los estudiosos de la prehistoria andina les estrujará el alma. Todas aquellas escenas, rezumando sangre y ambientadas con espeluznantes e interminables alaridos de dolor, no podrán pasarles desapercibidas.

Difícilmente habrá quien no se sienta con los nervios triturados al presenciar los tributos en sangre ofrendados a aquellos pantagruélicos dioses del altiplano. Cruelles divinidades surgidas como efecto del terror sentido por la población frente a las manifestaciones de la naturaleza, casi siempre poco benignas. En tal caso, se vuelve ineludible la necesidad de recurrir a medidas extremas, como los sacrificios humanos, con el fin de aplacar la furia de estos malvados espíritus, invariablemente afectos al adulo y al soborno.

Por ejemplo, el dios del trueno, con su ensordecedor rugido que taladra inmisericorde los oídos y agobia el corazón asaltado por el susto; o el del pertinaz viento, que se solaza devastando cultivos, arrancando los techos de las moradas y, más de una vez, afectando la salud y dificultando las faenas cotidianas; la deidad de la lluvia, transformada en furiosa tempestad cargada de fosforescentes centellas, que, además de infundir terror a la población, inunda los labrantíos; o el temible dios de alguna montaña vecina, al que se le ha dado por incendiar el cielo y la tierra con llamaradas de una súbita erupción. Ninguno de ellos se conmueve ante simples ruegos o promesas estériles que, una vez superada la dificultad, se esfuman sin dejar rastro. Estas sagaces deidades exigen, más bien, el pago en efectivo y por anticipado. En tales circunstancias, un número razonable de vírgenes o efebos, sometidos al sacrificio, bastará para aplacar su ira y congraciarse con sus amedrentados adeptos. ¡Una bagatela!

De manera similar, los autores de este pintoresco relato, valiéndose de peyorativos epítetos, establecen la conducta de los gobernantes de los pueblos conquistados. Para sus ilustradas valoraciones, las naciones andinas de la prehistoria nunca rebasaron la categoría de hordas, y sus mandatarios no fueron más que ruines caciques o caudillos oportunistas, eso sí, enseñoreados por el desenfreno y la corrupción en todos sus vastos géneros. Estos energúmenos, subyugados por una consuetudinaria embriaguez —engendrada por la ingestión de bebidas alcohólicas y el desenfreno de los instintos—, con su vil administración ocasionaron el embrutecimiento y regresión de sus súbditos con tal celeridad que, aseguran, el árbol y la caverna volvieron a constituir su morada natural.

En efecto, a nadie le resulta grato observar, desde la distancia del tiempo, a estos supuestos salvajes cebándose con el dolor y la angustia de sus esclavizados pueblos, reducidos a la miseria mental. Esa vena de rebeldía presente en todo ser humano que ha usufructuado del tesoro de la dignidad se enardece y reclama justicia.

Así, al hombre andino, legatario forzoso de un ficticio y sombrío pasado —propalado a los cuatro vientos como una sentencia inapelable— le resulta ineludible llevar este inri grabado en el alma.

A propósito, la totalidad de este sartal de elucubraciones no se debe únicamente a los actuales investigadores. Estas almas caritativas no hacen más que dar continuidad a argumentos establecidos desde tiempos remotos. Lo cierto es que la génesis de esta narrativa se debe casi íntegramente a los sacerdotes y frailes que, durante la conquista española, acompañaron a sus huestes. Estos venerables caballeros de hábito, cruz en ristre y fértil imaginación, eran los únicos versados en el conocimiento de la escritura entre los expedicionarios. Por tanto, la mayor parte de las crónicas de aquella época que nos han llegado sobre este tema se debe a ellos.

Pero ¿por qué este desatino cometido precisamente por quienes, según la creencia generalizada, se destacan por la decencia, profesan la piedad y están enteramente al servicio de Dios? Sencillamente, porque estas personas se hallaban solo en apariencia al servicio de Dios, pero en realidad no eran diferentes de los demás piratas llegados con ellos en los bajeles enviados desde la decrepita España.

Los citados religiosos, diligentes en el desempeño de la misión encomendada y expertos en el arte de la simulación, jamás se desprendían de su sonrisa obsequiosa para infundir confianza a sus huéspedes forzados. Una añagaza que no iba más allá del gesto bufo, pero necesaria para urdir y poner en marcha otro engaño infinitamente mayor: la evangelización. La

propagación del cristianismo en las colonias españolas constituyó, sin duda, el peor de los castigos aplicados al nativo. Pues, para lograr su adoctrinamiento, ningún tormento —por grande que fuese— les parecía excesivo a sus verdugos. Claro está, su meta no era otra que lavar el cerebro e implantar en él creencias exógenas a sus convicciones, y cuanto antes, mejor. Era, en definitiva, una lucha atroz y desesperada por anular el albedrío, con la justificación de extirpar la veneración de objetos inanimados y conseguir la salvación eterna del alma. Así, el demonio quedaría vencido.

Por cierto, estos benévolos hombres de sotana, usando en provecho propio la misión religiosa encomendada, no tardaron en alterar las reglas de enseñanza instituidas. Y les fue fácil. Solo tuvieron que agregar a la prédica lúcida una dosis de “mano dura”, aduciendo la necesidad de erradicar del alma del aborigen los pecados inspirados por Satanás. Nada más.

Fríos, deshonestos y calculadores, concibieron la idea de que, aplicando su creativo ingenio a la neta y sencilla labor de evangelización encomendada, habrían de cosechar mejores réditos de la cúpula de la Iglesia y del Rey en materia de reconocimiento a su eficacia. Y no se equivocaron. Para ello, aquellos santos varones, en consonancia con su plan perversamente concebido, no tuvieron empacho en atribuirse esfuerzos sobrehumanos en el ejercicio de su denodada guerra contra el demonio, para lograr arrancar de sus garras al aborigen.

Y consiguieron su propósito con facilidad. Porque una cosa era adoctrinar a personas cultas, y otra muy distinta vérselas con indómitos bárbaros esclavos de Lucifer. ¿Y quién podía poner en tela de juicio las afirmaciones de estos hombres dedicados a profesar el bien, que además de virtuosos gozaban del privilegio de conocer la escritura —un arma más poderosa que la espada o el arcabuz—? Nadie en absoluto. La historia no revela que alguno de los conquistadores tuviera la dignidad y el coraje suficientes para denunciar aquella infamia. Además, los soldados, aparte de los religiosos, eran todos analfabetos y estaban ocupados en tomar cuanto pudieran.

Por lo demás, la ficción forjada para humillar al hombre de los Andes contrasta diametralmente con la mitología elaborada para los originarios de otras latitudes, quienes no pudieron ser más afortunados. Sus imaginativos cronistas, bardos y trovadores se inspiraron en los albores de aquellas civilizaciones para edificar magníficos poemas. Por añadidura, sus creaciones, carentes de detractores, jamás enfrentaron maledicencia alguna. He aquí la diferencia:

«¡Qué ingrata ironía del destino! —fingen compadecer de la tragedia del hombre andino, poniendo el grito en el cielo, quienes presumen de entendidos en materia de prehistoria sudamericana e historia universal—. ¡Mientras que a los pueblos allende los mares, como Persia, Grecia, Roma y más, les cupo el patrocinio de dioses honestos y benignos, de rostro sonrosado y cabello de oro, que a menudo socializan con la población y sucumben a los encantos de los humanos, las tribus del altiplano andino no tienen más que horripilantes dioses, engendros del demonio, que no saben sino ensañarse con sus idólatras! ¡Qué calamidad!

«En tanto que el fruto de las afectivas uniones de los dioses de allende no puede ser otro que una estupenda descendencia, que en belleza y sabiduría rivaliza con sus divinos progenitores, el producto local, de origen análogo, se distingue por la fragilidad de sus cualidades: a menudo jorobado, cojo, de labio leporino, torpe y adornado siempre de fealdad ofensiva —continúan con igual sarcasmo—. De allá, la historia no cuenta sino prodigiosas hazañas, tanto de padres como de sucesores, que al escucharlas causan estupefacción. De aquí, las crónicas respecto a sus sucedáneos se asimilan a un prolongado y lastimero lamento.

«En cuanto a los gobernantes, allá, el soberano es siempre valeroso, emprendedor y sabio en los negocios del Estado, con los ojos puestos perennemente en el engrandecimiento de su patria. Su actitud hacia sus vasallos no es diferente a la de un padre sacrificado y afectuoso con sus hijos. Mas aquí —concluyen los intelectualoides—, para el caudillo, la población solo significa el pasto donde aquel abominable bruto se hartará y atropellará con sus ominosas pezuñas.»

Una seductora mitología, escrita en letras de oro, que los rapsodas cantaron para imbuir orgullo a los naturales de los pueblos donde se dice que ocurrieron sucesos espectaculares bajo el auspicio de dioses honorables. Mientras tanto —también se dice y se afirma— que a sus sucedáneos americanos no les correspondió más que malvados demonios por dioses, que no encontraban placer sino en el sufrimiento de sus devotos. Semejantes pillos, aparte de mantenerse ocupados en mil fechorías de trágicas consecuencias, hallaban su mayor deleite en ser agasajados con ofrendas humanas. Pues, mientras más sangre se derramara en su honor, más generosa les parecía la concesión de sus supuestos milagros a la ignara turba.

Al igual que el cartón que, cuando adquiere una arruga, la conserva para siempre, en el alma del hombre andino perdura el dolor del escarnio

inferido por narrativa semejante. Porque, más aún que la tortura física recibida, le ha mortificado aquel infame relato inventado por el conquistador en menoscabo de su raza vencida. Sí, vencida por partida doble: dominada en su preciosa libertad y sometida al olvido forzoso como exponente de una milenaria y avanzada cultura. Fue ésta la retribución del *guayrapamushka* (1), que, cual voraz vampiro, buscó ensayar el vigor de sus colmillos en quien no supo sino presentarle la garganta para recibir sus mordiscos.

Con la dominación europea, los nativos americanos no solo enfrentaron la pérdida de su patrimonio material —que de por sí constituye un terrible infortunio—, sino también la pérdida de aquello que establecía el sentido mismo de la vida: ese conjunto de elementos culturales, creencias y visiones que conectan el mundo con la espiritualidad y los valores morales. Su religión ancestral. Con el ahínco propio de quienes se juegan la vida en una empresa, los usurpadores emprendieron la ardua tarea de erradicar del espíritu del nativo sus creencias religiosas. Desde luego, no para convertirlo en ateo, sino para implantar en su lugar un credo exógeno de maquiavélica aplicación. Y en nombre de esa extraña religión, el nuevo adepto saborearía, aun en vida, los tormentos del averno.

Sin embargo, los nativos, pese al esfuerzo sistemático de adoctrinamiento, jamás se convirtieron en verdaderos creyentes. Los mandamientos de la nueva fe tan solo los simulaban acatar. La llama de su fe, fortificada y moldeada por la creencia milenaria en sus divinidades transigentes, ahora hostigada por la tiranía de una religión que imponía una perpetua cárcel espiritual, no podía extinguirse como una columna de humo ante el soplo del vendaval. Su espíritu se mantendría incólume, no obstante el sufrimiento corporal y mental. Por tanto, practicaría discretamente su auténtica creencia religiosa. Y fue precisamente lo que hicieron, en espera de recobrar su legado histórico y sus derechos como personas libres, para entonces poder practicar abiertamente sus dogmas ancestrales y propalar al mundo los sucesos gloriosos protagonizados por su pueblo, descritos con la melodía nostálgica de la tradición, el mito y la leyenda.

Conclusión

La mayor tragedia del hombre andino no fue únicamente la pérdida de su libertad ni el saqueo de sus templos, ni siquiera la imposición de una fe ajena que le prometía redención a cambio de sumisión. Fue, sobre todo, el olvido deliberado de su epopeya pretérita: esa historia tejida con el oro de los mitos, la piedra de los templos y la sangre de los héroes que, por siglos, fue silenciada por la pluma del conquistador.

Mientras las civilizaciones de allende los mares fueron exaltadas en cantares épicos, el legado andino fue deformado, ridiculizado, sepultado bajo el peso de una narrativa ajena. Se le negó el derecho de narrarse a sí mismo, de cantar sus hazañas, de venerar sus dioses con orgullo. Y en ese acto de aniquilación, se intentó arrancar de raíz su alma.

Pero la memoria ancestral no se extingue. Aunque se le haya querido enterrar bajo siglos de desprecio, sigue latiendo en la piedra, en la montaña, en el susurro del viento que recorre los páramos. El hombre andino no ha olvidado quién fue, ni lo que su pueblo logró. Su espíritu, moldeado por la resistencia y la fe, permanece incólume, aguardando el día en que su voz vuelva a resonar con la fuerza de los truenos sobre el altiplano.

Hoy, más que nunca, se impone la necesidad de rescatar esa epopeya silenciada, de devolverle su lugar en la historia universal, no como nota al pie, sino como capítulo esencial. Porque solo cuando se reconozca la grandeza de su pasado, podrá el hombre andino caminar con la frente en alto hacia el porvenir, sabiendo que su historia no fue una sombra, sino una luz que aún puede iluminar el mundo.

(1) Traído por el viento.
Nota del autor.

Quito, 10 de agosto de 2025